

V. MARSÁ GONZÁLEZ, *Himnos délficos dedicados a Apolo: análisis histórico y musical*. (*Humanitas*, v. 29), Universitat Jaume I, Castelló 2008, 351 pp.

Con este libro Verónica Marsá culmina las investigaciones llevadas a cabo desde sus estudios de doctorado sobre dos facetas que ocupan especialmente su interés como investigadora, la música griega y la historia de las religiones en la Antigüedad.

El libro, publicado por la Universidad Jaume I, versa sobre dos peanes existentes en el santuario oracular de Delfos y consagrados al dios Apolo, que fueron grabados en el muro sur del Tesoro de los Atenieses. Se trata del mayor ejemplo epigráfico de una partitura musical compuesta hace más de dos mil doscientos años. Las piedras que contienen las inscripciones se conservan en la actualidad en el museo de Delfos.

A las complejas cuestiones que suscitan la lectura de estos textos se acerca la autora, tanto por medio del análisis derivado de su propia formación musical y humanista, como recogiendo de forma crítica las aportaciones hechas al tema hasta la fecha. Complejos son tanto la cronología e historia de los textos, es decir, el momento en que se escribieron e interpretaron en público, como el proceso de hallazgo y las posteriores interpretaciones de los mismos.

El libro está organizado en doce capítulos, con introducción y conclusiones, y concluye con tres apéndices. El listado bibliográfico, de cuyo control dan buena fe las constantes referencias, atestigua la ambición intelectual de su autora, al manejar disciplinas tan distintas como la epigrafía, la musicología o la historia de la religión griega.

Los tres primeros capítulos son de tema predominantemente arqueológico. El primero explica las circunstancias políticas que hicieron posible las excavaciones de Delfos, en la segunda mitad del siglo XIX y estrechamente relacionadas con los intereses económicos de Grecia y Francia. En efecto, Grecia iba a conceder las excavaciones arqueológicas en la zona de Delfos a Francia, a cambio de que ésta bajara los aranceles de la uva. Tras diez años de negociaciones, Francia consiguió el derecho exclusivo de las excavaciones de aquel lugar, así como de las publicaciones científicas de todo lo hallado durante el tiempo que durasen las excavaciones arqueológicas de la Escuela Francesa en Atenas. El capítulo segundo informa del inicio de las excavaciones y el hallazgo de los

himnos. El tercero sitúa los textos objeto de estudio en el conjunto del Tesoro de los Atenenses, en cuyos muros fueron inscritos los peanes.

Los dos peanes se datan en los años 138 y 128 a. C., respectivamente, y se leían en un lugar visible para quienes paseaban por la Vía Sacra. El lugar destacado en el que quedaron inscritos ambos himnos puede deberse al hecho de que ganaran el certamen musical celebrado durante los Juegos Píticos correspondientes a aquellos años, o bien a que recibieran algún galardón, al haber sido compuestos con motivo de una importante conmemoración que no debía quedar en el olvido.

La parte central del libro, los capítulos del VI al IX, aborda el análisis poético-musical de los dos peanes dedicados a Apolo. Se trata, en primer lugar, la cuestión del montaje de los fragmentos descubiertos, seis para el peán primero y once, aunque en peor estado, para el segundo, y se estudia después la cuestión de la melodía.

Se parte de la ordenación físico-acústica de las distancias interválicas pitagóricas, pertenecientes al sistema armónico cosmológico, y se llega a la relación de símbolos musicales agrupados por tropos y géneros hecha por Alipio, probablemente en el siglo IV d. C. La teoría nos dice, por una parte, que los himnos fueron compuestos, uno en *trópos* frigio y otro en *trópos* lidio, derivando, a modo de juego, a lo largo de la melodía en sus tres géneros a modo de juego; por otra, qué notas, intervalos, ritmo y repeticiones melódicas y rítmicas utilizaron los compositores. Con todo, como se reconoce, la práctica de la ejecución musical sólo la conoceríamos si pudiésemos asistir a un ensayo del grupo coral y al concierto final.

Verónica Marsá pone especial énfasis en acotar la época y las condiciones en que estos himnos fueron hallados, estudiados e interpretados. La exclusividad francesa de las publicaciones restringió, sin duda, el estudio al punto de vista de dos eruditos franceses: Weil (1893, 1894) y Reinach (1893, 1894). La única publicación de Crusius al respecto abrió, tras la primera publicación del estudio del primer himno en 1894, una nueva perspectiva, sobre todo en la posición de los fragmentos de las piedras, que, en su opinión, no habían sido resituadas correctamente.

Ciertamente la interpretación de los dos peanes no podía limitarse sólo a una traducción o translación de los caracteres notacionales. Más allá de esto, se hace necesario para su correcta

interpretación y conocimiento, adentrarnos en cuestiones como el o los autores, el motivo, la época, e incluso qué sentido tenían esas palabras en el contexto gramatical, filosófico, social, cultural, musical o político del momento.

Posteriores a los primeros estudios publicados por los autores franceses Colin, Weil y Reinach y por Crusius, otros eruditos han realizado pormenorizados trabajos sobre ambos himnos. Aunque en este libro se presenta un nuevo punto de vista en cuanto a la elaboración de las partituras que se muestran como conclusión, la interpretación tanto musical como textual de todos cuantos han descrito, traducido e interpretado los Himnos (Reinach, Colin, Crusius, Carl von Jan, Pöhlmann, West, Doutzaris, Bélis, Gombosi y Moens) ha sido analizada minuciosamente por su notable aportación e interés. La diferencia entre las partituras que se presentan en este libro y las publicadas tanto por los primeros intérpretes de las inscripciones como por sus seguidores está relacionada con el sistema de *tonismós* musical de los griegos, en que el tono o acento elevaba, no en intensidad sino musicalmente, el sonido perteneciente a la sílaba acentuada: una quinta, es decir, tres tonos y medio, como sabemos por Dionisio de Halicarnaso.

Justo es reconocer la prudencia y modestia de la autora en el terreno estrictamente filológico, que le resulta menos familiar. Como ella misma afirma «no se aventuran hipótesis sobre el material gravemente dañado, pues se han valorado únicamente las escasas ocasiones en que puede aventurarse una palabra» (p. 21).

Debe destacarse que Marsá tiende un puente con la tradición posterior y, en concreto, el folklore griego actual. La presencia del antiguo *tonismós* sigue viva en el país helénico, en ciertas canciones populares que se han conservado gracias a la incomunicación de las islas griegas. Así sucede, por ejemplo, con el *χελιδόσιμα* o canción de la golondrina, que ha pervivido en la isla de Rodas, y que es del mismo estilo que las definidas y denominadas por Ateño (VIII 60) con el mismo nombre.

Por último, el libro se completa con tres apéndices, muy ilustrativos y oportunos para el tema del libro. El primero –quizá menos necesario– recoge material de carácter epigráfico. El segundo queda dedicado a los caracteres de Alipio. Finalmente, el tercero, al intervalo, como espacio entre dos sonidos, desde la misma Antigüedad grecorromana.— JORDI SANCHIS LLOPIS. *Universitat de València*.